

jeneral Krukowiecki con plenos poderes, con el objeto de tomar las medidas que creyese convenientes en las críticas circunstancias en que se hallaba.

«Como principiaba el fuego de artillería, y que el jeneral Krukowiecki no habia recibido por escrito ninguna decision y solo habia sido informado verbalmente, por el jeneral Prondzynski, de lo que estaba encargado el mariscal de la dieta, las negociaciones que le confiaban los miembros de la dieta no hubieran podido ser legales sin que se hubiese dado un decreto en toda forma. No queriendo tomar sobre sí la grave responsabilidad de las desgracias que amenazaban á la ciudad y al pais, envió su dimision á la dieta por el intermedio del consejero de estado Szymconowski. Este la entregó al secretario de la cámara de los nuncios, porque los miembros de la dieta se habian separado ya, sin tomar ninguna resolucion, y no debian volverse á reunir hasta las cuatro. Una pérdida de tiempo semejante, unida al deseo de evitar una efusion de sangre inútil, decidieron al jeneral Krukowiecki á enviar al jeneral Prondzynski al feld-mariscal, suplicándole suspendiese el combate, en atencion á que no podian observarse en un tiempo tan limitado las formalidades necesarias para dar una respuesta de tanta importancia; pero que era de esperar que antes de las seis enviaria la dieta al presidente plenos poderes en debida forma para concluir el tratado.

«El jeneral Prondzynski no vió al feld-mariscal porque se hallaba herido; volvió con el jeneral Berg, que trajo la respuesta del gran duque Miguel, autorizado para negociar, la cual se reducía á decir, que no podia suspenderse el combate antes de firmar un tratado; pero que se podia parlamentar en medio del fuego; que á este efecto enviaba al jeneral Berg, el cual, llegando á las cinco al palacio del gobierno, quedó muy sorprendido de hallar todavía al presidente sin estar investido de los plenos poderes en cuestion.

«El consejero de estado Szyma-

nowski llegó pocos instantes despues de la dieta, trayendo la declaracion de que las cámaras no aceptaban la dimision del presidente del gobierno, pero que ellas le suplicaban, por el contrario, que continuara sacrificándose por el bien jeneral en aquellas circunstancias tan críticas.

«El jeneral Krukowiecki, que se veía con esto forzado á continuar como presidente del gobierno, envió de nuevo al jeneral Prondzynski cerca de la dieta para comunicarle la respuesta del gran duque é informarla de la llegada del jeneral Berg, encargado de concluir el tratado. Durante este tiempo, se recibían de la línea de batalla partes en que se decia que muchas baterías nuestras habian sido tomadas y que el enemigo se aproximaba de la muralla principal. El jeneral Prondzynski no tardó en volver acompañado de una diputacion de la dieta, compuesta de los diputados Malachowski y Libiszewski, los cuales declararon por escrito que las cámaras, casi á la unanimidad, autorizaban al presidente del gobierno á tratar con el enemigo. Habiendo en seguida enviado las cámaras reunidas, una hora despues, al jeneral Krukowiecki un decreto que le conferia el derecho de concluir un tratado que tuviese por objeto hacer cesar el combate, el jeneral Krukowiecki enmendó las condiciones que le habia enviado el enemigo y las entregó al jeneral Berz, añadiendo que no le era posible separarse en una sola sílaba. Al mismo tiempo, añadió una carta para el emperador, pidiendo que se la enviasen tan pronto como estuviesen aceptados los artículos.

«Habiendo rehusado el jeneral Berg encargarse de dichos artículos, que diferían sobremanera de los que él habia traído, le hizo acompañar el presidente por el jeneral Prondzynski, para declarar que, si no los concedían, el ejército polaco se defendería dentro de Varsovia hasta que no quedase un solo hombre.

«Luego que hubieron marchado estos dos jenerales, continuaron recibiendo los partes mas tristes de la línea de batalla; y cuando el presi-

dente supo que el enemigo se habia apoderado ya de la muralla principal, detrás de la puerta de Jerusalem, y hacia desfilar sus columnas sobre aquel punto, volvió el coronel Breanki que habia ido de parlamentario y anunció que cesaria el ataque tan pronto como llegase el general Berg.

«Habiéndose verificado la llegada, y habiéndose esparcido en la ciudad el rumor de que habia sido rechazado el ataque, el mariscal de la cámara de los nuncios, Uladislao Ostrowski, vino á encontrar al presidente del gobierno, que estaba esperando al general Prondzynski, y le hizo saber que los diputados que se habian reunido en el palacio del gobierno le pedia comunicacion del tratado que iba á firmarse. No poseyendo el presidente copia de aquellos articulos, que por falta de tiempo no habian podido trascribirse, y no pudiendo tampoco presentarse en persona en la cámara, se negó á ello. Un cuarto de hora despues, volvió el mariscal á declararle que las cámaras no querian consentir en tratar, y que el presidente entrase en sus miras dando su dimision.

«No pudiendo oponerse el presidente del gobierno á la voluntad de los representantes de la nacion, entregó inmediatamente su dimision al mariscal, la misma que habia enviado ya en el mismo dia, y luego que tuvo entre sus manos un documento escrito que le descargaba de los deberes de la presidencia, y que sin embargo no estaba firmado mas que por el mariscal (y que supo al dia siguiente que no habia dimanado de una mayoría legal), montó á caballo con todo su estado mayor y se fué á Praga; facilitó el paso del Vístula al ejército y llegó en persona, sobre la orilla opuesta, á las dos de la mañana, á la colonia de Golendzinow. Apenas hubo descansado un rato, llegó el jefe de estado mayor Lewinski, el cual le invitó, en nombre del nuevo gobierno y en el del generalísimo Malachowski, á considerarse todavía como presidente del gobierno nacional, y á volver á Var-

sovia para concluir las negociaciones con los parlamentarios rusos, quienes declaraban no tener poderes para negociar con él.

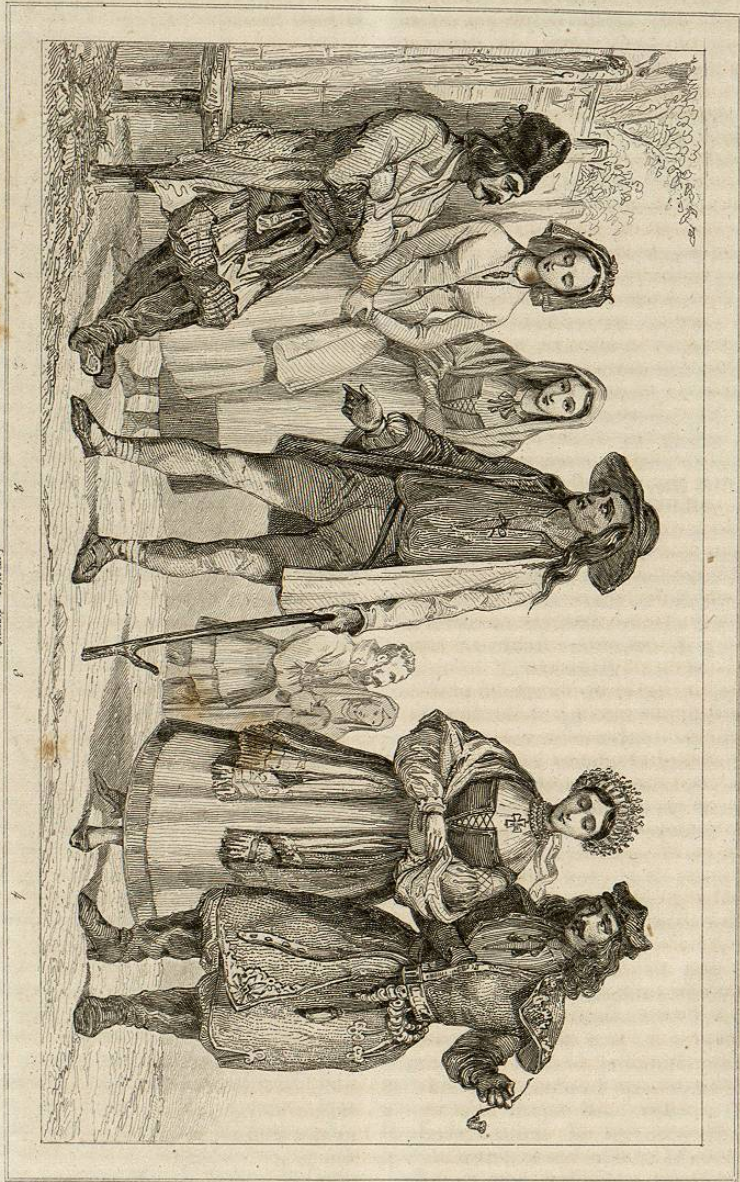
«El general Krukowicki rehusó al principio volver á entrar en la ciudad para negociar; no obstante acabó por ceder, cuando el general Lewinski le hizo presente las graves consecuencias que ocasionaria su negativa, tales como la destruccion de la ciudad y el degüello de muchos millares de habitantes.

«Llegando al palacio del gobierno, halló en él al general Krukowicki, á los parlamentarios y al general Prondzynski, como asimismo al generalísimo, muchos jenerales, al vicepresidente del gobierno y al mariscal de la cámara de los nuncios; mas como él habia dado su dimision, debió considerarse como una persona particular y sin ningun carácter político; creyó pues no poder firmar ningun documento sin usarpar una calidad que ya no le pertenecía. Se ciñó á suplicar al general Berg que obtuviese del gran duque Miguel que tuviese la bondad de tomar bajo su proteccion á Varsovia y sus habitantes. El generalísimo Malachowski y el coronel Zielinski, nuevo vicepresidente del gobierno, discutieron en seguida con el general Berg un convenio militar, el cual, entre otras condiciones, contenia la de la rendicion de Praga y del puente; mas cuando el general Krukowicki quiso volver á Praga para reunirse con el ejército, un destacamento de tropas, apostado por el general Uminski, se opuso á ello, y este último declaró que haría fustilar á Krukowicki tan luego como se dejase ver en la orilla opuesta.

«Aquella declaracion decidió al general Krukowicki á volver entrar en la ciudad, etc.»

La ocupacion de Varsovia por los Rusos puso fin, el 8 de setiembre, á un drama al que no tuvo vergüenza la Europa de asistir como un testigo pasivo.

En la lucha desesperada que tuvo lugar en las puertas de Varsovia, experimentaron los Polacos una pérdida de cinco á seis mil hombres.



POLONGNE

POLONIA.

1. Mazovianos, 2. Montañeses, 3. Lituanos, 4. Polacos, 5. Cracovianos.

Los Rusos perdieron cerca de veinte mil hombres entre muertos ó heridos gravemente.

Con el objeto de ganar tiempo, convinieron en un armisticio de cuarenta y ocho horas.

«Si la insurreccion y la guerra, dice Mr. Lelewel, hubiesen sido dirigidas como convenia, la pérdida de la capital, bien que grave, no hubiera acarreado la caída de la causa nacional. Bajo el reinado de Juan Casimiro, Varsovia fué ocupada por el enemigo en diferentes ocasiones, y Estevan Czarniecki batido; sin embargo aquel mismo Czarniecki no pudo ser domado y la capital fué reconquistada.»

Después de la toma de Varsovia, el ejército polaco, diseminado en todo el país, podia reunir todavía sesenta mil combatientes; mientras que los Rusos, forzados á dividir sus fuerzas y conservar la capital, no tenían mas que cien mil hombres que oponerles. Desgraciadamente, de resultas de una mala direccion impresa en los ánimos, los Polacos tenían mas fe en la posesion de la capital que en sus jefes.

No obstante se dió la orden á los cuerpos diseminados para que se reuniesen en el cuartel jeneral de Modlin, donde se habia retirado el ejército nacional. A este efecto se habia echado un puente sobre el Boug, cerca de Kamiencyk. Pero Romarino, en vez de escuchar la voluntad del comandante en jefe, reunió en su division un consejo de guerra, de cuyas resultas entró en Galitzia, en el territorio austríaco (16 de setiembre). Samuel Rozycki tuvo firme con su pequeño cuerpo; bien pronto se reunieron á él el príncipe Czartoryski y Gustavo Malachowski, quienes acababan de separarse de Romarino, y le dieron noticia de la resolucion del jeneral; Skrzynecki llegó igualmente disfrazado, cerca de Rozycki. Este digno jefe, después de haber resistido hasta el último momento, y viendo que el enemigo habia cortado todos los caminos, se vió forzado á buscar á su vez un refugio en Galitzia (27 de setiembre).

En su retirada hácia la fortaleza

de Modlin, el cuerpo principal polaco, que constaba todavía de mas de veinte mil hombres, con noventa piezas de artillería, habia sido acompañado por setenta miembros de la dieta, y por un gran número de habitantes de Varsovia, que temian la venganza del enemigo. En Modlin, el nuevo presidente, Buenaventura Niemoiowski, convocó un consejo de guerra, en el que fué elegido comandante en jefe el jeneral Rubinski. El gobierno nacional residia del otro lado de la fortaleza, en la pequeña ciudad de Zakroczym.

Hubo varias opiniones sobre diversos proyectos de operaciones. Algunos querian sorprender á Varsovia y libertarla; otros trasladar el teatro de la guerra á la Lituania; otros en fin, arrojarse en las comarcas montañosas de Cracovia, en donde Rozycki se defendia todavía. Sin embargo no se adoptó ninguno de estos planes; y no habiendo producido ningun resultado las conferencias que se entablaron entre los dos campamentos opuestos (del 9 al 29 de setiembre), el ejército polaco se retiró sobre Plock. Allí, ofreció la dieta el mando en jefe al jeneral Uminski; mas la infantería rechazando la eleccion de aquel nuevo jefe, que habia servido siempre en la caballería, y no ejerciendo los representantes de la nacion ningun influjo sobre las tropas desmoralizadas, entró Robinski con las reliquias del ejército en el territorio prusiano, entre Brodnica y Swiedziebno (5 de octubre).

En el instante de pasar la frontera, Rybinski, en su calidad de comandante en jefe, dirigió á la Europa la protesta siguiente:

«Ya conoce todo el mundo los motivos que han conducido á la nacion polaca á sablevarse y á reivindicar, con las armas en la mano, los derechos imprescriptibles que ni el tiempo ni la fuerza han podido arrebatárselos. El manifiesto emanado de las cámaras reunidas de Polonia ha descubierto á la Europa civilizada los abusos de que habian sido víctimas los Polacos, los agravios de que se quejaban, y la acojida que recibie-

ron del emperador de Rusia sus justas representaciones. Sordo á la voz del pueblo polaco, respondió con la guerra á nuestras reclamaciones, y se empeñaron en seguida combates mortíferos entre el poderoso imperio del Norte y un puñado de valientes, animados del deseo de defender la mas santa de las causas. Conducidos amenudo á la victoria, probaron los Polacos en el campo de batalla que sabian sostener sus derechos; y todos los ciudadanos manifestaron patentemente, por su conducta pública y privada, que no habia sacrificio que no estuviesen prontos á depositar con júbilo en el altar de la patria. La justicia de la historia, la de los soberanos y los pueblos, á la que no cesan de apelar los Polacos, víctimas de un destino cruel, sabrá apreciar la nobleza de su empresa, la magnitud de sus esfuerzos, su perseverancia en la desgracia, y la dificultad, la imposibilidad de reconquistar su independendencia y la integridad de sus fronteras sin una ayuda extranjera, á la que creian tener algunos derechos.

«La lucha duró cerca de un año, con suertes iguales la mayor parte del tiempo. Mas la superioridad material del enemigo, la penuria del tesoro público, la falta de municiones de guerra y de los demás recursos del país, la pérdida de toda esperanza de una intervencion extranjera, la falta de elementos indispensables para sostener esfuerzos tan grandes, atrajeron resultados que hicieron mas difícil que nunca la continuacion de la lucha. Hizose esta imposible después de la evacuacion de Varsovia, este foco del patriotismo, contra el que el enemigo habia empleado la flor de su ejército y reunido casi la totalidad de sus fuerzas. Después de la pérdida de un punto militar tan importante, y para impedir que se vertiese una sola gota de sangre de los valientes sin utilidad por la causa comun, el comandante en jefe del ejército polaco, sin prever en nada las decisiones de la representacion nacional y obrando solo en nombre del ejército, entró en conferencia con el mariscal Paszkie-

witsch, con el objeto de concluir un armisticio para evitar la efusion de sangre y fijar las bases de una pronta pacificacion. El mismo ejército declaraba que estaba pronto á someterse á su antiguo soberano, con tal que el emperador de todas las Rusias, como rey constitucional de Polonia, fundase su reinado sobre instituciones nacionales, que garantizase el olvido de lo pasado á todos los habitantes que hubiesen tomado la menor parte en la revolucion, y que no se propusiese al ejército polaco cosa alguna que fuese incompatible con su honor y su dignidad. Esta negociacion, que duró mas de veinte dias, fué en primer lugar conducida con apariencias de moderacion que parecian prometer felices resultados; mas no tardó en tomar un carácter de exigencia, que se convirtió por último en una orden positiva, de parte del mariscal Paszkiewitsch, de someterse sin condicion y esperar la clemencia del emperador. En este intervalo, los ejércitos rusos habian tomado, contra la buena fe, posiciones militares que amenazaban la destruccion completa del nuestro. En este estado de cosas, creyó el comandante del ejército polaco aproximarse á las fronteras de la Prusia y buscar en ella un asilo para su ejército, que le garantizaba el noble carácter del soberano.

«Mas antes de abandonar la tierra natal, esta tierra querida, regada con la sangre mas pura y con nuestras lágrimas, el ejército de Polonia declara, delante de Dios y del universo entero, que cada Polaco queda en el dia y quedará siempre tan penetrado de la santidad y de la justicia de nuestra causa como no lo ha estado nunca; declara además, como un deber sagrado apelar solemnemente por este acto á todas las naciones, á todos los gabinetes del mundo civilizado, y principalmente á aquellos que, en el congreso de Viena, han manifestado el mas vivo interés por la causa polaca, y confiarles la suerte futura y la existencia política de esta nacion, siempre desgraciada y jamás vencida, que se halla llamada á ejercer

un influjo sobre la civilizacion, el equilibrio y la paz de la Europa. Los Griegos, los Belgas y otros pueblos han sido el objeto de la solicitud de las grandes potencias; los Polacos serán pues los únicos á quienes ellas rehusarán su proteccion? No, la dignidad, la conciencia de los soberanos nos garantizan lo contrario.

«A vosotros pues, poderosos de la tierra, á las simpatías de vuestros pueblos se dirige en su afliccion el ejército nacional de Polonia: él os conjura en nombre del Todopoderoso, en nombre de la humanidad, en nombre del derecho comun á todos los hombres, que tomeis bajo vuestra salvaguardia nuestras libertades y que hagais que presida la equidad y la justicia en los arreglos que se tomen sobre nosotros, y que, para asegurar la paz de la Europa, deben ser conformes al bien jeneral y al de la Polonia.

«Swiedziebno, en la frontera prusiana, 4 de octubre de 1831.

«El comandante en jefe del ejército polaco,

Rybinski.»

Rybinski tomó además varias medidas para que llegase intacta, á la banca de Polonia, una suma de cerca de seis millones, que habia tomado para cubrir las necesidades del ejército en el momento de evacuar á Varsovia. Los fondos pertenecientes al ministerio de la guerra le fueron igualmente devueltos íntegros.

Descargado de estos cuidados, terminó Rybinski la serie de sus actos oficiales con la siguiente carta dirigida al rey de Prusia:

«SEÑOR,

«La lucha de diez meses que sostiene nuestra desgraciada patria, con el valor de la desesperacion, contra todas las fuerzas de la Rusia, ha llegado á un estado en que una resistencia mas prolongada causaria una efusion de sangre inútil.

«Para evitar al pais nuevas desgracias, que serian su resultado, hemos tomado la resolusion de someternos á nuestro soberano constitucional, sin desviarnos no obstante de la senda que nos señalaba el honor. Mas las condiciones humillan-

tes que nos quiere imponer el mariscal conde Paszkiewitsch nos arrebatarian este último bien; estamos pues decididos á no suscribir jamás á ellas.

«Los acontecimientos ulteriores de la guerra habiéndonos aproximado á las fronteras de los estados de Vuestra Majestad, el ejército, que cede á fuerzas superiores, se halla en el dia en el caso de tener que invocar vuestra humanidad. Apurado por la necesidad, debe buscar un asilo en los Estados sometidos al cetro de Vuestra Majestad, convencidos de que la conocida equidad y las virtudes privadas que le caracterizan garantizarán su alta proteccion á la desgracia.

«Soy con el mas profundo respeto, etc.

«MATEO RYBINSKI,

comandante en jefe del ejército polaco.»

Cerca de treinta mil Polacos entraron en Prusia con el jeneral Rybinski; un número casi igual habia ya buscado de antemano un asilo en Galitzia, bajo las órdenes de los jenerales Romarino y Rozycki. Todos tuvieron que deponer las armas á la entrada de la frontera.

A esta porcion militante del pais se reunió una multitud de ciudadanos distinguidos de todas las clases de la nacion, reducidos á huir de la venganza de los vencedores. No tardó en apoderarse de la inmensa mayoría de los desterrados un deseo bien natural, el de ver la Francia, aquella antigua amiga de la Polonia; mas aquel proyecto contrariaba los votos de la Rusia, y se puso todo en movimiento para impedir que se realizase. Los oficiales estando proscritos en masa por el ukase del czar (octubre de 1831), se dirijieron á los soldados, cabos y sarjentos, á fin de decídicirlos á volver á entrar en el reino. Era muy grande su repugnancia sobre este punto, pero todos los medios los creyeron buenos, hasta la violencia, para forzarles á aceptar un perdón en el que no tenian confianza. Apenas volvieron á Polonia, se vieron trasportados al fondo de la Rusia é incorporados á la fuerza en

los rejimientos moscovitas.

Una pequeña parte de los soldados se libró de aquellos rigores. Mas dichosos que ellos, los oficiales pudieron llegar á Francia, é hizo época su paso por en medio de la Alemania. Jamás se habia visto una manifestacion mas viva y mas jeneral. La mayor parte de los refugiados estaban privados de recursos; pero gracias al desprendimiento de los habitantes, atravesaron el vasto suelo jermánico sin experimentar la menor necesidad. Cada ciudad se con-

vertia en el centro de una asociacion benéfica, que prodigaba con efusion socorros y consuelos. La Sajonia sobre todo se distinguió por la acogida que hizo á la desgracia; y su anciano rey resistió, tanto tiempo cuanto le permitió su posicion política, á las exigencias de los opresores de la Polonia.

Una vez llegados á Francia, en donde la recepcion no fué menos cariñosa ni menos fraternal, pudieron los desterrados respirar libremente y soñar dias mejores para su patria.

LA POLONIA, PROVINCIA RUSA.

1831—1840.

La fortuna de las armas triunfó pues por segunda vez sobre las leyes de la justicia; mas, despues del establecimiento del cristianismo, rara vez se vió al vencedor abusar del triunfo como lo hizo el emperador Nicolás. Cualquiera que sea el modo con que se quiera considerar el derecho de resistencia á la tiranía, no puede negarse que los Polacos se levantaron en masa para reclamar sus derechos. Los hombres mas venerables habian figurado en la revolucion, desplegando en ella un valor heroico, unido á una abnegacion sublime. En fin, la nacion polaca, corriendo á las armas, cedia á los recuerdos imperiosos de una existencia libre de todas sus cadenas extranjeras durante diez siglos; existencia que atestigua la historia, y que cuarenta años de desgracias y de opresion no habian podido borrar de su memoria.

Estas consideraciones, que hubieran sido muy poderosas á los ojos de un vencedor jeneroso, no fueron de ningun peso cerca del czar. Dueño del pais, libre de todo impedimento por el lado de las demás potencias, pudiendo manifestar á su albedrío una magnanimidad de acuerdo con

una sana política, prefirió, por el triste placer de la venganza, mirar á los jefes de la nacion como viles malhechores y tratar á la Polonia entera como á un arrabal sublevado. Una vez tomada esta resolucion, no le quedaba mas que la via de los rigores, y se precipitó en ella.

Al siguiente dia de la entrada de los Rusos en Varsovia, se proclamó un decreto de amnistía (10 de setiembre), en virtud del cual se prometia el olvido de lo pasado á todos los que se sometiesen al poder del emperador. Tres dias despues, un nuncio de la dieta, Javier Sabatyn, que habia hecho su sumision, habia sido arrestado y deportado por su cooperacion á los acontecimientos anteriores.

Este primer abuso de la victoria no era mas que el preludio de una larga serie de actos arbitrarios y escandalosos.

El palacio de los reyes de Polonia fué despojado de todos sus objetos de arte y de todos los recuerdos históricos, al paso que las dos salas donde se reunia la dieta se hallaban convertidas en cuarteles.

El mariscal Sacken tuvo plenos poderes para crear, en las provincias